

ÁLVARO NÚÑEZ · ALBERTO DÍAZ · MIGUEL CAN



LECHUZA DETECTIVE

5 LOS CINCO SALVAJES



1.ª edición: mayo de 2021

© Del texto y de las ilustraciones: Álvaro Núñez,
Alberto Díaz y Miguel Can, 2021

© De esta edición: Grupo Anaya, S. A., 2021
Juan Ignacio Luca de Tena, 15. 28027 Madrid
www.anayainfantilyjuvenil.com
e-mail: anayainfantilyjuvenil@anaya.es

ISBN: 978-84-698-8614-4
Depósito legal: M-9029-2021

Impreso en España · Printed in Spain



Reservados todos los derechos. El contenido de esta obra está protegido por la Ley, que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren, plagiaren, distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria, artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier medio, sin la preceptiva autorización.

ÁLVARO NÚÑEZ · ALBERTO DÍAZ · MIGUEL CAN



LECHUZA DETECTIVE

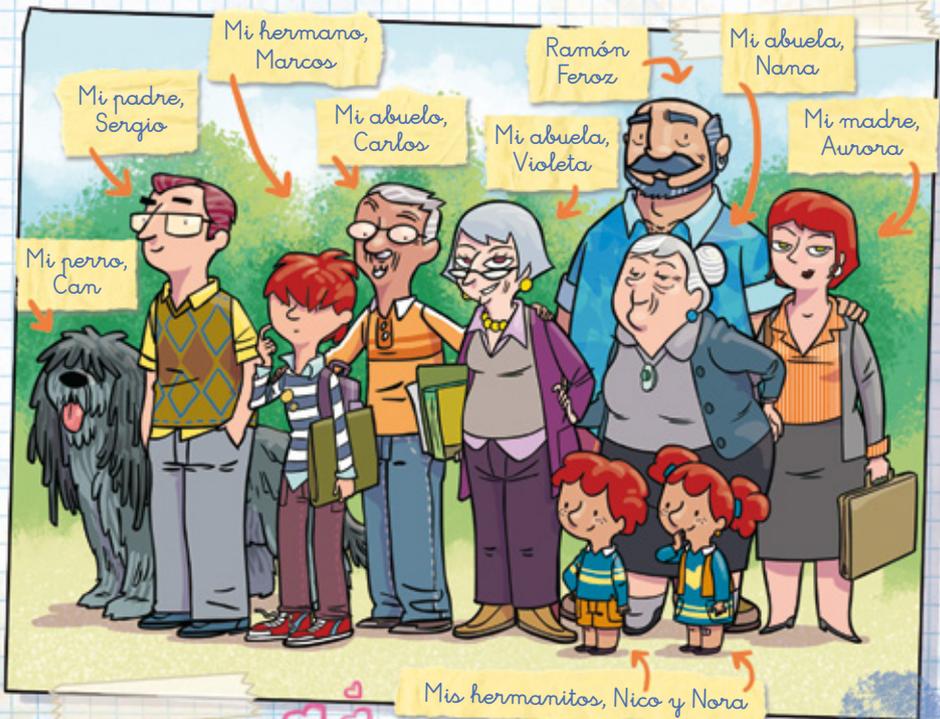
LOS CINCO SALVAJES



ANAYA



Soy Carla Ventura, la mejor detective del mundo mundial. Las galletas de chocolate me vuelven loca, así que si algún día desaparecen de vuestra mochila, ¡no dudéis en llamarme!



¡Me encanta mi familia!, es muy peculiar.
Ya la iréis conociendo poco a poco...
(¿A que me salen bien las fotos?)



A mi padre no le gusta nada que investigue.



A mi abuelo Carlos, aventurero jubilado, le encanta porque le recuerdo a él cuando era joven.



Y este es César Ulises «Ratón», el compañero perfecto para mis aventuras.



¿Preparados para conocer la aventura más salvaje de Lechuza Detective? ¡A ver cuántas páginas sois capaces de leer conteniendo la respiración!

Todo esto, junto a mi traje y a mi afición por los cómics de mi admirado Detective Misterio, me han convertido en... ¡la Lechuza Detective!





DEMASIADOS INVITADOS

El fin de semana había comenzado y Marcos y yo lo íbamos a pasar en casa de los abuelos.

Mi padre tenía una importante convención de expertos de microchips de sandwicheras y había quedado con la abuela Violeta en que nos dejaría en su casa de camino a la estación.

—No entiendo cómo puedes estar tan contenta, hermanita. Solo de pensar en pasarme dos días sin wifi me entra la depresión de la muerte. Menudo rollo de fin de semana...

—Marcos, haz el favor... —dijo mi padre una décima de segundo antes de tocar el timbre. Inmediatamente después de sonar el ding-dong, Can ladró dos veces para asegurarse de que los abuelos nos oyeran y nos abriesen la puerta. Dicho y hecho: la puerta se abrió y apareció la abuela Violeta con cara de pocos amigos.



—¿Está todo bien, mamá? —preguntó mi padre preocupado.

Desde la puerta nos llegaba la voz del abuelo: estaba en la cocina hablando con alguien, pero no se entendía nada de lo que decía.

—Sí, sí, nada grave: cosas de tu padre, que me tiene harta. Os estaba esperando; acompañadme y subid vuestras cosas a la habitación de invitados.

Como si no fuera con él, Can salió disparado hacia la cocina en cuanto entramos.

—Este perro lo tenéis cada vez peor educado —refunfuñó la abuela mientras subíamos las escaleras—. Ni que no le hubierais dado de comer en semanas...

—Vaya, parece que hoy la abuela está de un humor de perros —susurró a mi oído Marcos tapándose la mano con la boca. Si lo llega a oír la abuela...

No habíamos traspasado el umbral de la puerta de la habitación de invitados cuando abajo Can comenzó a pegar ladridos como un loco.

—¡Tranquilo, Can! Son viejos amigos míos. Cálmate, no tienes por qué ponerte así.

Ahora sí que percibíamos perfectamente lo que decía el abuelo, aunque Can no parecía muy convencido y seguía gruñendo, marcando bien las erres para que queda-

se claro que seguía muy pero que muy enfadado. ¿Con quién rayos estaba hablando en la cocina el abuelo?

—¿Quién está abajo con papá? —preguntó mi padre a la abuela. No era necesario ser Detective Misterio para saber que esa y no otra era la causa del mal humor de la abuela.

—No tengo ni idea. Es la primera vez en mi vida que los veo. Tu padre acaba de venir de recogerlos del aeropuerto y no me había avisado de que venían. ¿Es que no había otro fin de semana para traer invitados a casa?

—¿Se van a quedar aquí? —A mi hermano Marcos se le quitaron las ganas de bromear de repente—. ¿Cuántos son? —preguntó espantado.

A juzgar por la cara que estaba poniendo, mi padre compartía la preocupación de Marcos.

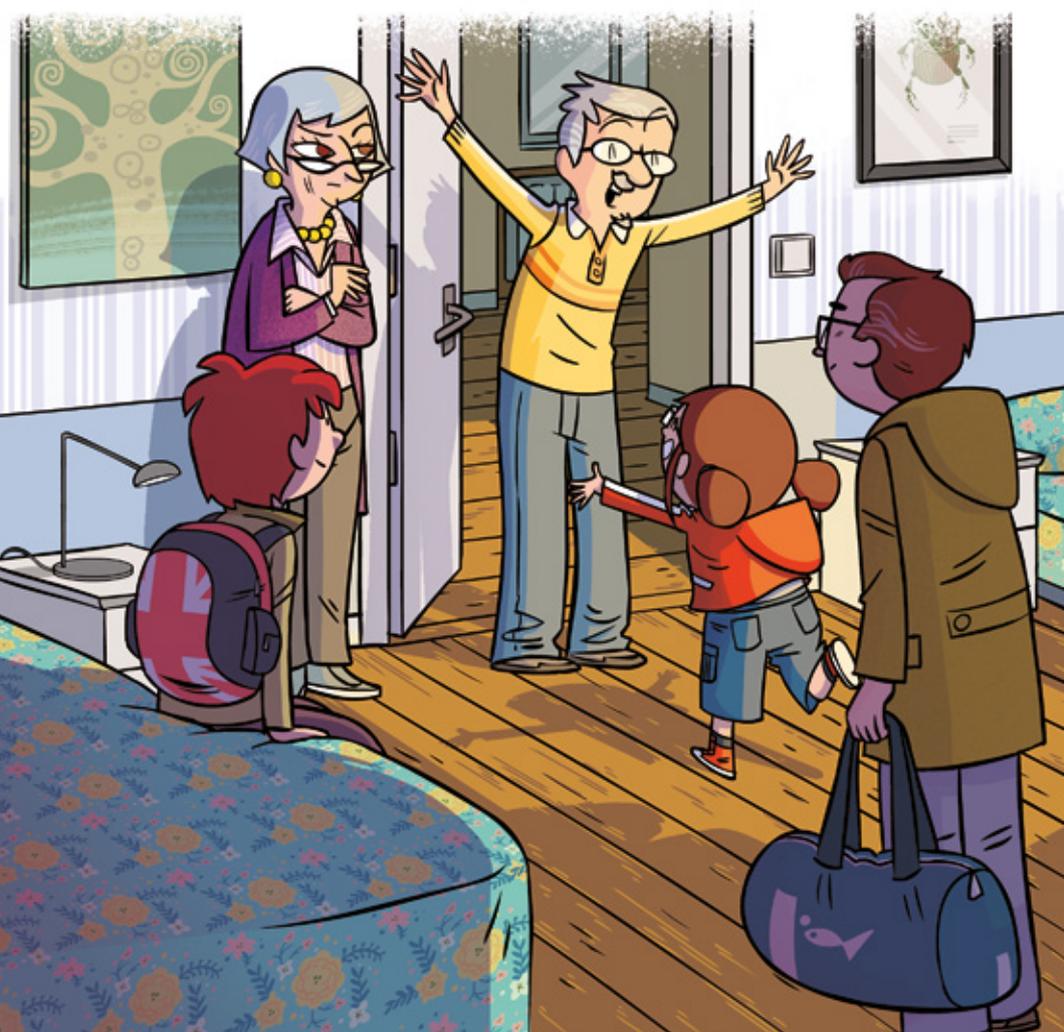
—Son cuatro —dijo el abuelo apareciendo por la puerta de la habitación—. No tenéis por qué preocuparos: son tan discretos que no os vais a dar cuenta de que están aquí.

»Pero ¿qué educación es esta? ¿Es que no vais a dar un beso a vuestro abuelo? Si no viene Can a avisarme, ni me entero de que habéis llegado...

Me agarré al cuello del abuelo y le planté dos besos de los que suenan.

—¿Y dónde, si puede saberse, van a dormir tus invitados para que tus nietos y yo no nos demos cuenta de que están aquí? —preguntó la abuela Violeta fulminando al abuelo con su mirada.

—Eso, abuelo, ¿dónde se van a quedar? —preguntó preocupadísimo Marcos después de darle un beso.



La mente de mi hermano Marcos no tiene secretos para mí. La idea de que los amigos del abuelo se quedaran a dormir en el salón, donde está la televisión, le estaba poniendo de los nervios...

—Se están instalando en el invernadero —contestó el abuelo.

—¿Cómo? ¿En mi invernadero? —gritó la abuela fuera de sí—. ¿Ves lo que te digo? ¡Tu padre está perdiendo la cabeza!

Todos sabemos que el invernadero de la abuela es intocable.

Desde que se jubiló hace años, pasa las mañanas y las tardes en él, sembrando, regando, podando y haciendo todas esas cosas minuciosas que hacen falta para que el invernadero sea un lugar maravilloso.

Parece imposible que exista un lugar repleto de tantas plantas preciosas perfectamente ordenadas por tamaños, colores, variedades de hojas, frutos y exóticos orígenes.

En fin. A nadie en su sano juicio se le ocurriría entrar allí si no es acompañado por la abuela.

—Mientras no se acerquen al mando a distancia de la tele, todo en orden —dijo Marcos por lo bajo mientras terminábamos de colgar las camisetas en las perchas del armario.

Papá miró el reloj. Tenía que darse prisa si no quería perder el tren.

—No hagas caso a tu madre y márchate tranquilo —dijo el abuelo mientras bajábamos las escaleras para despedirnos—. Carla y Marcos van a estar divinamente.

—Cualquier cosa que pase, me llamáis... —dijo mi padre antes de entrar en el coche y arrancar.

—No te preocupes —respondieron los abuelos a la vez.

El coche de papá se perdió rumbo a la estación y entramos todos de nuevo a casa.

Entonces, como si Can quisiera llevarles la contraria a los abuelos, lo oímos de nuevo ladrar a grito pelado.

—Conque discretos, ¿eh? —protestó la abuela echando chispas.

Los ladridos provenían del invernadero.



CHOCOLATE, CHURROS Y MUSEO

Diez de cada diez sábados me despierto de buen humor.

No hay nada que me guste más que abrir los ojos y descubrir que no tengo que ir al colegio.

Miento. Si además me despierto con el olor del chocolate que prepara mi abuela haciéndome cosquillas en la nariz, la felicidad es insuperable.

Lo digo en serio.

Si hubieseis probado alguna vez el chocolate con churros de mi abuela Violeta, me entenderíais perfectamente.

—Carla, de uno en uno, que te vas a atragantar...

—Reconozco que soy todo un espectáculo comiendo churros. Mi abuela siempre me amenaza con sacarme el babero que me bordó cuando era solamente un bebé...

—Abuela —protesté divertida con la boca llena—, es que, si se enfrían, ¡se pierden las vitaminas!

El que casi se atragantó por la risa fue mi hermano Marcos.

—¿El abuelo y sus amigos no bajan a desayunar? —preguntó calculando los churros que quedaban en la mesa.

—Los churros los ha traído esta mañana temprano vuestro abuelo y son para vosotros. Él ha desayunado ya. Ha subido a su despacho a hacer no sé qué. De sus amigos mejor no me habléis: son sus invitados, no los míos.

La abuela seguía enfadada con el abuelo. No le hacía ninguna gracia que sus amigos durmieran en el invernadero. Menos después de que Can rompiera varias macetas y le pisara el nuevo parterre de las petunias.

—Nunca había visto a la abuela ponerse así con Can —dijo Marcos aprovechando que la abuela estaba tendiendo una lavadora—. ¡No sabía que tuviese tan malas pulgas!

—¿Y Can? —contesté siguiendo la broma mientras engullía otro churro de un bocado—. Es la primera vez en mi vida que lo veo ladrar así. No le gustan nada los amigos del abuelo. Lo ponen nervioso.

—¿Y a quién no? No te lo he contado, pero ayer, antes de meterme a la cama, fui a hacer pis al baño y me encontré a uno de ellos ¡lavándose la cara en el retrete!

Puagh. Los dos pusimos una cara de asco espantosa.

—Buenos días, ¿no están buenos los churros?
—preguntó el abuelo entrando en la cocina con el periódico en la mano—. ¡Los he comprado recién hechos esta mañana!

—Están riquísimos, abuelo —contesté sonriendo con la dentadura negra por el chocolate—, ¿no van a desayunar tus amigos?

Aunque apenas se habían dejado ver desde que llegamos, Marcos y Can tenían razón para sospechar de los invitados del abuelo. Yo también estaba mosca. No hacía falta ser Detective Misterio para darse cuenta de que los amigos del abuelo hacían todo lo posible por evitarnos y estar a solas con él. Vestidos con idénticos pantalones de chándal y sudaderas rojas parecían un equipo deportivo, aunque en ningún momento los vimos jugar a nada. En realidad solo coincidimos con ellos en el invernadero. Marcos y yo les dijimos hola con la mano mientras la abuela se llevaba a Can al jardín después del estropicio que



había causado. Ocultos en sus capuchas caladas hasta las cejas, los cuatro invitados de mi abuelo asintieron todos a la vez y el que parecía más mayor habló en una lengua extrañísima. El abuelo le tradujo: «Están contentos de estar aquí y de conocernos». Eso es lo que dijo el abuelo que dijo. Aunque, madre mía, cualquiera lo diría...

El abuelo no parecía pasarlo bien; lo conozco perfectamente y, aunque se esforzaba en disimular, se le notaba incómodo.

—Dejemos que descansen —respondió el abuelo—, ayer tuvieron un largo viaje.

Por mucho que le daba vueltas, no entendía por qué demonios tenían que dormir en el invernadero de la abuela pudiendo hacerlo en el salón, que tiene dos sofás cama la mar de cómodos...

—Yo tengo que acercarme al Museo Antropológico a hacer un recado —continuó diciendo el abuelo, ajeno a mis sospechas—. Decidle a la abuela que ya los despertaré cuando vuelva.

—¿Puedo ir contigo, abuelo? —Aquella era una estupenda ocasión para estar a solas con mi abuelo y no había que desaprovecharla. Además, a mí me encanta ir de museos con mi abuelo, aunque al que le gusta de verdad es al friki de mi amigo Ra-

tón...—. Podríamos llamar a César Ulises: seguro que le hace mucha ilusión.

—Lo siento, nieta —dijo el abuelo saliendo por la puerta de la cocina—. Otro día; llevo prisa...

—Alto ahí, señor Ventura. —La abuela bloqueó la salida—. ¿A dónde crees que vas? Ahora mismo llamo a la madre de César Ulises para decirle que en cinco minutos pasáis a recogerlo de camino al museo.

El abuelo Carlos no pudo decir, esta boca es mía. No hizo falta. Cuando la abuela le llama «señor Ventura», es igual que cuando don Eriberto me llama a mí «señorita Ventura» en clase: no me queda más remedio que hacerle caso, aunque no me apetezca un pimiento.

El abuelo estaba raro.

Pocas cosas le gustan más que pasar tiempo conmigo y con mi amigo Ratón.

Rara es la semana que no le visitamos y pasamos la tarde escuchando historias molonas de sus viajes alrededor del mundo cuando era el explorador más intrépido y famoso del mundo mundial.

El abuelo es guay y sabe tantas cosas que es una gozada ir con él a los museos.

Sin embargo, esa mañana se notaba demasiado que algo pasaba. Con lo que disfruta hablando con nosotros, aquella mañana apenas cruzó un par de palabras durante el camino.

A Ratón no pareció importarle demasiado. Estaba tan entusiasmado con la visita al museo que no cerró la boca...

¿QUÉ VAMOS A VISITAR PRIMERO?
¡MADRE MÍA,
HAY TANTAS COSAS
QUE VER!

¡VAMOS A ENTRAR EN CONTACTO CON CULTURAS QUE DESAPARECIERON HACE MILES DE AÑOS!

¿TE DAS CUENTA?
¡VA A SER COMO VIAJAR EN EL TIEMPO!

¿NO ES ALUCINANTE?



—No te flipes tanto, Ratón: es un museo. ¡Luego te extrañas de que en clase te llamen empollón!

—Ya os aviso, que no vamos a estar mucho tiempo —dijo el abuelo cuando llegamos a la entrada del museo—. A partir de ahora, disponéis de una hora para ir a ver lo que más os guste. Ni un minuto más ni un minuto menos. Transcurrido ese tiempo, nos reuniremos puntualmente en la sala de botánica. Está en la tercera planta. ¿Alguna pregunta? ¿Lo habéis entendido? Bien. Sincronicemos los relojes.

¡Adelante!

Lo que yo decía: el abuelo estaba muy raro.

Cincuenta y siete minutos, treinta y nueve vitrinas y ocho salas después, Ratón y yo subíamos las escaleras a la tercera planta.

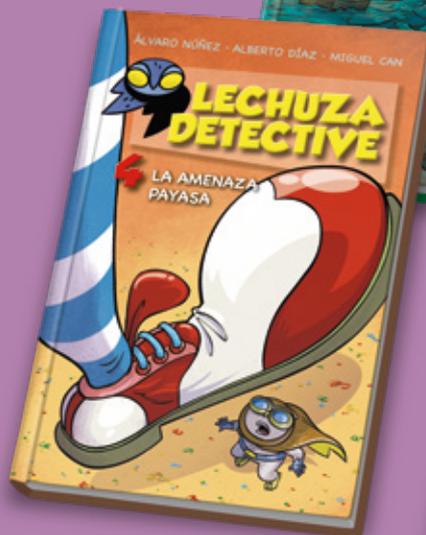
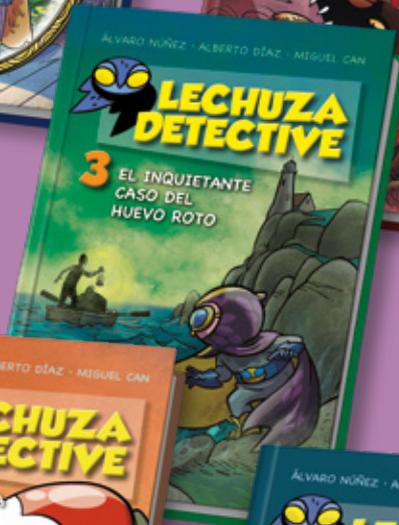
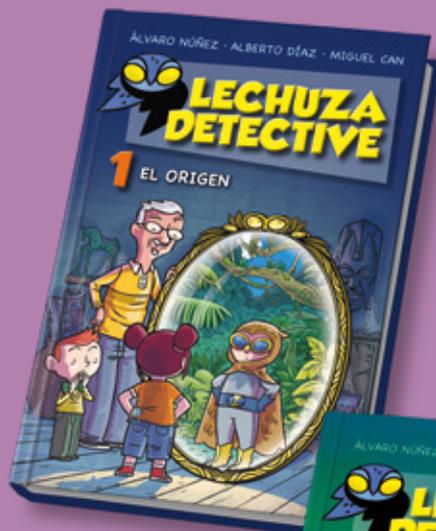
—¡En una hora no da tiempo a nada! —protestaba mi amigo camino de la sala de botánica—. ¡Nos hemos dejado un montón de cosas! Además, esta sala es la más rollo de todo el museo...

Cuando atravesamos la puerta de entrada, pasamos con cuidado por delante de un vigilante que roncaba a pierna suelta.

Las aventuras de
Lechuza Detective,
a cual más misteriosa,
sorprendente y divertida.

¡HAZTE CON
TODOS LOS
TÍTULOS DE
LA COLECCIÓN!





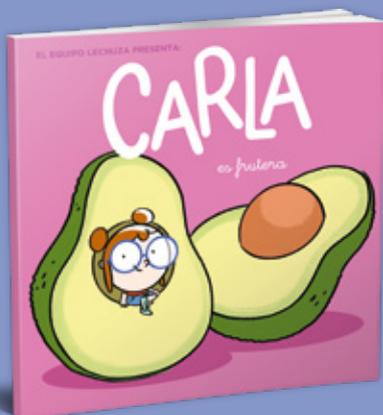
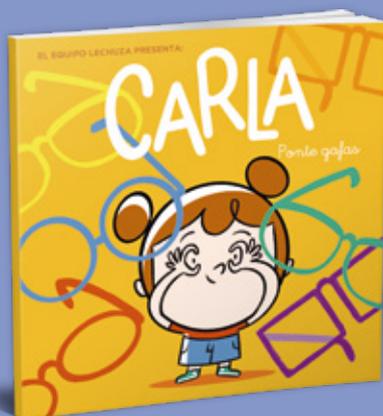
MUCHA MÁS... CARLA A PARTIR DE 3 AÑOS



Carla está descubriendo el mundo y tiene mucho que aprender para su vida cotidiana.



Con los textos en dos tipografías (mayúscula y ligada) para los que están empezando a leer.

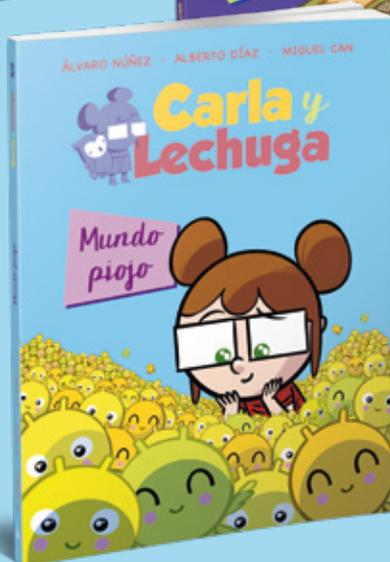


LAS AVENTURAS DE
CARLA Y LECHUGA
A PARTIR DE 6 AÑOS



¿Cómo era Carla
antes de convertirse en
Lechuza Detective?

Mucha diversión para los que ya dominan la lectura.



Soy Carla Ventura, la mejor detective del mundo mundial. Las galletas de chocolate me vuelven loca, así que si algún día desaparecen de vuestra mochila, ¡no dudéis en llamarme!

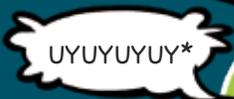


¿UNA BANDA DE MALHECHORES?
NECESITO UNA TILA.

NO SE OS OCURRA
ENTRAR EN EL INVERNADERO.
¡DA MUCHO YUYU!



NUNCA PENSÉ QUE HACER
EL BIEN IBA A RESULTAR
TAN PELIGROSO...



*COMO EN CASA
EN NINGÚN SITIO



ANAYA
www.anayainfantilyjuvenil.com